

# LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS  
DE BARCELONA

---

## SECCION OFICIAL

---

Reunida la Academia Calasancia en sesión ordinaria el domingo, día 6 del corriente, bajo la presidencia de su director, Rdo. P. Eduardo Llanas, el infrascrito Secretario dió lectura del acta de la sesión anterior, que fué aprobada por unanimidad. También dió cuenta de las comunicaciones siguientes:

Una del Excmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial, ofreciendo á nuestra Academia y acompañando un ejemplar del Mapa topográfico y geológico de la región primera de esta provincia, dirigido por el Sr. Canónigo de esta Catedral Basílica, M. Iltre. Dr. D. Jaime Almera y subvencionado por la Diputación; así como del oficio contestando á dicho Sr. Presidente, agradeciendo el obsequio recibido;

Otra de la Junta Directiva de la asociación «Conferencias de San Luís Gonzaga de Ntra. Sra. de Belén,» invitando á la Academia al solemne Oficio celebrado el 8 del corriente, en dicha parroquial iglesia, en honor de María Inmaculada; y

Otra de la «Congregación de la Inmaculada Virgen María y San Luís Gonzaga,» invitando asimismo á la Academia Calasancia á la Novena y demás solemnes cultos con que la expresada Congregación ha obsequiado en el presente año á su celestial Patrona, en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús.

Acto seguido se designó á los Sres. Elías, Soler Forcada y Grases para corresponder á la primera invitación; y á los Sres. Canals y Tuyet para hacer lo propio con la segunda.

El P. Director manifestó que para simplificar la designación de los académicos que han de serlo de Número, estimaba conveniente que los presentes eligieran á cinco de su seno, para que nombraran á aquellos que, en su sentir, reúnan las condiciones de Académicos de Número, revistiendo su acuerdo carácter ejecutivo, después de aprobado por el Director.

Procediendo á la elección referida, quedaron elegidos, por mayoría de votos, los Sres. D. Narciso Plá y Deniel, D. Ildefonso Suñol, D. Rafael Marsá, D. José M.<sup>a</sup> Ventura y el Infrascrito.

Después de ceder el P. Llanas la presidencia al Sr. Plá y Deniel, dióse lectura de la primera parte del Reglamento, que trata del objeto y fines de la Academia, de las diversas clases de Académicos, de los deberes y derechos de los Académicos en general y de los que atañen en particular á los Aspirantes, Supernumerarios, Correspondientes y

de Número; de las cualidades que deben reunir cada clase de Académicos y de los trámites que han de seguirse en el nombramiento y cesación de los mismos. Aprobada en su totalidad esta parte del Reglamento, se pasó á la lectura y discusión de los 35 artículos que contiene, y todos ellos fueron por unanimidad aprobados. Con lo cual se dió por terminada la sesión.

El Secretario,

J. BURGADA JULIÁ.

Mañana, día 20 de los corrientes, celebrará la Academia Calasancia sesión pública, de carácter literario musical, á las 5 de la tarde, en el Salón de Actos del Colegio, en conformidad con el programa publicado y repartido por orden de la Junta Directiva.

---

### REVISTA DE LA QUINCENA.

---

Un incidente promovido en la delegación del Austria por el diputado católico Zallinger, ha removido en estos días hasta el fondo la *cuestión romana*, ya algún tanto calmada desde las escenas del 2 de Octubre. Las declaraciones del conde Kalnoky, en favor de la soberanía independiente de la Santa Sede, han sido para los enemigos y opresores de ésta un nuevo *Mane Thecel Phares*, y según expresión de un periódico italiano, *una verdadera Sedán diplomática*. Para comprender el alcance de las declaraciones hechas por el Canciller del Emperador Francisco José, es preciso tener á la vista los términos en que hizo su interpelación el Señor Zallinger. «Como católicos, dijo, debemos exigir y exigimos la libertad y la independencia de la Santa Sede: para tal independencia, para tal libertad, preciso es que disfrute el Papa *una soberanía fundada en territorio propio*. El que combate la independencia territorial, combate la independencia de la misma Iglesia que el Pontífice gobierna..... Sin jerarca libre é independiente, no hay Iglesia independiente..... La cuestión romana no es interior, no es nacional, no es piamontesa ni tampoco italiana; es internacional, es exterior, es CATÓLICA.» El Presidente del Consejo de Ministros dijo en su discurso-contestación, que hasta ahora *no se ha hallado una solución práctica* del problema planteado por el Sr. Zallinger, que el Gobierno tiene perfecta conciencia de la enorme preponderancia de la población católica, y que por esto tiene puestas sus miras en que se satisfagan los deseos y las justas aspiraciones de los católicos; que también tiene el deseo de que la situación del Papa sea tal, que abrace la *plena independencia* que es necesaria á la dignidad del Jefe de la Iglesia Católica, de tal modo *que satisfaga al Pontificado mismo y al Padre Santo*. «Estos son, añadió, nuestros de-

seos más ardientes, y si pudiéramos contribuir á ello de alguna manera, obraríamos con todas nuestras fuerzas en este sentido.»

Indescriptible es la explosión de terror y de coraje que estas declaraciones provocaron en la Italia liberal y masónica. La prensa radical, los clubs *irredentistas*, los círculos revolucionarios, los emisarios de las logias, se lamentaron de haber perdido todo el fruto de la política basada en la triple alianza, y á la cual viene la Italia sacrificándose desde hace algunos años, por esperar de ella la continuación segura en la posesión de Roma. En el Parlamento, los diputados Cavallotti, Bovio, Rossi, Barazzuolli y Bonghi, interpelaron al Gobierno sobre la política eclesiástica é interior, lamentándose de que un Gobierno aliado se entrometa en asuntos que, según ellos, únicamente conciernen al Gobierno italiano. Rudini y Nicotera trataron de quitar importancia á las declaraciones de Kalnoky, y afirmaron que la cuestión romana está definitivamente resuelta, que el Gobierno no tolerará que nadie ponga en ella mano en contra de los deseos de Italia, que ningún Estado puede reclamar contra lo sancionado por el Derecho público nacional y la conciencia pública de Italia. A las amenazas *irredentistas* de Imbriani, opuso Rudini enérgico correctivo, porque eso ya era atacar á los intereses de la triple alianza; y á la afirmación hecha por el trigamo Crispi, de que era preciso respetar en el Papa al Apóstol y combatir al Pretendiente, nada concreto tuvieron que oponer ni Rudini, ni Nicotera. Eso sí, los Diputados y el Gobierno, para consolarse en su decepción, convinieron en que la cuestión romana no existía ya, en que Kalnoky se había referido á la cuestión pontificia y no á la cuestión romana, puesto que ésta había pasado á la historia y no hay fuerza capaz de resucitarla.

Pero la verdad es, que esa distinción sutil entre la cuestión pontificia y la cuestión romana, tan manoseada por los Diarios masónicos y judíos de la Italia liberal, no es más que un expediente habilidoso para desvanecer las claras y terminantes afirmaciones de Kalnoky, expediente que á nadie puede desorientar por no tener fundamento racional alguno. A propósito hemos transcrito las palabras mismas de la interpelación de Zallinger y las de la respuesta de Kalnoky, para que nuestros lectores vean por sí mismos como en efecto el primer Ministro del Imperio Austro-Húngaro, no hizo esa distinción capciosa y se refirió indudablemente á la cuestión romana. Y que el Gobierno italiano está firmemente persuadido de que Kalnoky aseguró, que la cuestión romana está por resolver, y que el gobierno imperial desea y procurará que se resuelva en el sentido deseado por los católicos y conforme á las aspiraciones del Papa y de la Santa Sede, lo demuestra el empeño que ha tenido en inducir á Kalnoky á hacer declaraciones que desvanezcan algo el efecto

producido por su respuesta á Zallinger, sin que lo hayan logrado ni los telegramas de Rudini ni las instancias del señor Nigra.

Dos consecuencias muy importantes y muy consoladoras para los católicos, se desprenden de los antecedentes expuestos. Es la primera, que la *triple alianza* no garantiza al Rey Humberto la posesión de Roma, por más que afectando ese compromiso se haya tratado de justificar los enormes sacrificios que cuesta á la Italia. El lenguaje de Kalnoky pone fuera de discusión esa verdad, la cual queda también comprobada por las declaraciones de Rudini y Nicotera, y hasta por la adhesión de simpatía que las palabras del primer Ministro de Austria han hallado en el Parlamento germánico, en la *Roma del Protestantismo luterano*. Recuérdese á este efecto que cuando el Emperador Francisco José y su primer Ministro pronunciaron pocos días hace algunas frases, que revelaban alguna inseguridad en la conservación de la paz europea, luego al punto se creyó Von Caprivi obligado á tranquilizar los espíritus, afirmando los deseos pacíficos de la *triple alianza*: por esto, lejos de ponerse en esta ocasión al lado de Kalnoky, hubiera tratado de pacificar á los italianos, si la cuestión romana se hubiera tenido en cuenta al formar y reanudar la *triple alianza*.

La otra consecuencia que se desprende de los hechos relatados, es que la cuestión romana subsiste, á pesar de las negativas del Gobierno y de los diputados italianos. Existe como existía 20 años atrás, ni más ni menos, porque nada se ha hecho desde entonces para que desaparezca, y multitud de incidentes han venido á avivarla con frecuencia. El mundo católico no ha dejado de protestar contra la usurpación sacrilega de Roma, y el Papa, los Obispos, las Asociaciones católicas, la Prensa católica, los Congresos católicos, han reclamado incesantemente la independencia soberana del Papa, basada en su soberanía territorial. Por más que la Italia judía y masónica se empeñe en que no existe la cuestión romana, nada puede su pretensión contra la realidad del hecho, pues ni se han avenido, ni podrán jamás avenirse los católicos, con la situación creada al Papa por la Revolución italiana, mejor dicho, por la Revolución cosmopolita.

\* \* \*

Dos cuestiones se han debatido en estos días en las Cámaras francesas, sobre las cuales habemos de emitir nuestro imparcial juicio, poco armonizado con el que ha predominado en la prensa española. La votación del Senado francés, sancionando, contra la excitación del Ministerio, las altas tarifas votadas por el Parlamento, para la entrada de los vinos españoles en Francia, será sin duda para nuestros cosecheros un mal; pero entendemos que será un mal transitorio, y que á no tardar se convertirá en be-

neficio de los mismos. Acostumbrados nuestros viticultores á vender sus mostos en calidad de materia prima, renunciaban en aras de su egoísta comodidad al pingüe lucro que la elaboración del mosto, al trasformarlo en vino de mesa, proporcionaba á los industriales franceses, quienes eran en realidad los que explotaban los frutos de nuestras cosechas. Su profesión de cosecheros era muy descansada, pero poco reproductiva: los que aún quieren limitarse á la producción del mosto, verán en la votación del Senado francés una desgracia; pero los que intenten explotar en lo posible sus viñas, verán un estímulo para dedicarse á la industria enológica, monopolizada hasta hoy por los franceses, y cuyo desarrollo en España, impuesto por la torpeza de nuestros vecinos, será una fuente inagotable de riquezas, mayormente si en la próxima renovación de los Tratados de Comercio se abren nuevos mercados para nuestros vinos. Esto es facilísimo, pues España es solicitada por la liga aduanera del centro de Europa, la cual puede proporcionarnos todo lo que importamos de Francia, adquiriendo, en cambio, los vinos detenidos en nuestras bodegas. La votación del Senado francés, á nadie perjudicará tanto como á la misma Francia.

\*  
5 4

Más interés tiene todavía para nosotros, dado el carácter de nuestra Revista, la otra cuestión ventilada en las Cámaras francesas. Promoviola, en el Senado Mr. Dide, en el Parlamento el diputado Hubbard, quienes, removiendo el incidente del 2 de octubre en Roma, la circular del ministro Fallières contra las peregrinaciones, el proceso seguido contra el Arzobispo de Aix, y la adhesión de los Obispos y del clero y de los fieles al Prelado condenado por haber defendido contra el Ministro el honor de la Iglesia y de la patria, no sólo reclamaron la pronta separación de la Iglesia y del Estado, sino que lograron que Mr. Freycinet y Mr. Fallières se opusieran á esa separación, para mejor dominar á la Iglesia, á la cual proclamaron súbdita del Estado, y á los Obispos otros tantos funcionarios dependientes del Ministro, añadiendo que su actitud ha sido levantisca, rebelde y facciosa, y su proceder el de malos ciudadanos á quienes precisa aplicar todo el rigor de las leyes. El escándalo que semejantes barbaridades produjeron fué mayúsculo; y con todo, aún fué superado por el promovido por Mr. Floquet, Presidente del Congreso, quien afirmó con monstruoso cinismo, que el Papa Pío IX había pertenecido á la francmasonería. En fin, que en el Parlamento francés lo hizo tan mal el Gobierno, que peor no pudo hacerlo, y aunque 243 votos le dieron la razón contra 223 que se la negaron, quedó moralmente derrotado, y por esto Mr. Fallières anunció su dimisión, de la que se le hizo desistir por no abrillantar el triunfo de los católicos.

ble que Dios te envía? ¿No te detendrás en esa carrera vertiginosa que va á precipitarte al abismo? No te espanta la sola perspectiva de tantos y tan crueles crímenes como van á ensangrentar tu suelo? ¿No temes que la cólera divina justamente indignada, descargue sobre tí sus iras, por esa sangre inocente que tan ignominiosamente va á derramar tu mano desapiadada? ¿No temes que Dios fulmine sobre tu cabeza el decreto de desolación y de esterminio? ¿No te atemoriza tanto desorden, tanta ruína, tanta sangre, tanto crimen? No, imposible; estás gangrenada, has bebido el cáustico de la lujuria, has muerto en el letargo, eres cadáver y sólo es posible la disolución. Y el error revistiéndose de formas más seductoras, se propaga con más rapidez que nunca; se inventan teorías, si cabe, más absurdas; Brisot combina el comunismo de Montesquieu con el materialismo de Morelli y el filosofismo de Bayle y de Locke; Keunige amalgama la francmasonería y el iluminismo de Weisshaup; aparece el mesmerismo; los espíritus infernales salen del abismo, se posesionan de la Francia y se declara la guerra entre el cielo y el infierno; es decapitado un rey por solo ser justo; la época del terror siembra el espanto por todo el mundo civilizado; la risa de los príncipes se convierte en zozobra; pero ya es tarde; hay hidrofobia de sangre; el Tribunal revolucionario y el Comité de salud pública regidos por la fiereza de Marat y Robespierre ceban su furor en las víctimas inocentes; 25,000 casas son demolidas; la guillotina y el fusil se resisten á tanta matanza y los presos son ametrallados y arrojados al Sena; se premia la prostitución; se destrona á Dios y ¡ó Dios mío! la lengua enmudece y la pluma se hace trizas; en su lugar se coloca una nueva deidad representada en una prostituta, que es adorada por aquella sociedad proterva, corroída por la lujuria.

La primera Visión profética estaba cumplida al pie de la letra. ¿Se cumplirá también la segunda? porque si la primera contiene sentencias terribles, la segunda describe escenas horripilantes; si la primera es pronunciada con motivo de la celebración de un jubileo que impone á la impiedad, la segunda es declamada en ocasión en que una peregrinación, no ya impone á la impiedad, sino que escita sus pasiones é irrita de tal manera su furor, que hace víctimas de mil insultos y atropellos, á aquellos piadosos peregrinos que van á consolar y á manifestar su amor y veneración al Padre común de los fieles, quien lacerado su corazón al ver tan impunemente ultrajada la justicia y tan descaradamente escarnecida la virtud, prorrumpe en la siguiente: Visión profética:

«Por espacio de cuarenta y ocho horas se ha concedido á los malvados libertad completa para hacer manifestaciones hostiles al Pontificado y á Francia..... Renuévase la pasión; he aquí el jardín de Gethsemani, la corona de espinas, la cruz á cuestras y

y después, después está el Calvario. Si, el Calvario; y menester será que subamos á él. Si, quieren víctimas; se quiere que el Papa sufra y sea víctima. Pues bien hay que prepararse. Se deja en libertad á los malvados; aún les ayudan los gobiernos; veréis que se llega hasta asaltar el Vaticano. ¡Ah, hijos míos! vosotros no volveréis á ver al Papa actual; será preciso que muera en el Calvario; pero después de la muerte vendrá la resurrección.

«En otro tiempo el Papa estaba prisionero; ahora está réhenes; está en poder de un puñado de malvados; los gobiernos le abandonan, está solo, completamente solo. No tiene más amparo que el de la divina Providencia.» Tales son las exclamaciones de León XIII en la audiencia del 8 de Octubre último á Mr. Harmel. ¿Y habrá católico que, queriendo escudarse con tal nombre, pueda permanecer indiferente y tranquilo, ante esas exclamaciones de dolor y desconsuelo del Vicario de Jesucristo? ¿Qué corazón habrá tan frío que no sienta á la vez indignación y terror, ante ese pronóstico desesperante que nos anuncia el Jefe supremo de la Iglesia?

Y vosotros, ó príncipes de la tierra! no respetais las canas de ese anciano por tantos títulos venerable? ¿No os causa admiración y respeto su ciencia eminente, su virtud sublime y heroica, su alma, unida estrechamente con Dios y bañada siempre con esa onda misteriosa de la gracia que le comunica luces divinas para que, viendo el mal que sufre la sociedad, os indique el remedio y lo apliqueis, á fin de no sucumbir cuando el aire huracanado de las pasiones quiera destruir el trono y el altar? Os reís de los ultrajes que se le hacen, dejais en libertad á los malvados y hasta les ayudais en su obra inicua; ¿pero no preveís que cuando el pueblo se haya sacudido el yugo suave de la religión, no querrá sufrir tampoco el de vuestra autoridad?

¿No sabeis que un pueblo sin fe y sin conciencia, sin religión y sin Dios, puede fácilmente convertirse en una corriente devastadora, que movida por las pasiones más furibundas, os arrastre á vosotros mismos y os envuelva en la desolación y en la ruina?

B. G.

---

## LOS FECIALES

### II

Dejamos sentado en nuestro anterior artículo, que los sacerdotes del Colegio fecial de la antigua Roma tenían exclusivamente por fin práctico, el dar carácter de legalidad y justicia á cuantos hechos realizaba en la esfera internacional el pueblo rey, prescindiendo de la licitud moral ó jurídica de los mismos. Pues

bien: si examinando, en conjunto, las instituciones y los principios que consagra el moderno Derecho internacional, encontramos entre ellos algunos que se presten y avengan perfectamente á dar aspecto de justicia y legalidad á hechos que, del mismo modo pueden ser legales ó justos, que dejar de serlo, ¿haremos mal en dar á los inventores, á los propagandistas entusiastas, á los incansables panegiristas de tales principios é instituciones, el nombre de feciales?

Los feciales de Roma, aquellos sacerdotes de la divinidad pagana, que se reunían en un templo, practicaban la oración, se dedicaban á las misteriosas ceremonias propias del culto y rito de los dioses mitológicos, y ofrecían, en suma, exteriormente análogos caracteres á las comunidades religiosas que brotaron bastante tiempo después al calor de la idea de perfección cristiana, terminaron su misión histórica, apenas asomaron en el horizonte de la civilización antigua los primeros fulgores de un progreso jurídico basado en las doctrinas predicadas por Jesucristo. Mas en la plenitud de civilización que caracteriza los tiempos modernos, al lado del complicado organismo político de los Estados y de la varia multitud de dogmas científicos constitucionales que en ellos se observan, y aprovechando la carencia de una organización política similar que rigiera el orden internacional, existe una institución, un organismo indefinible en nuestro concepto, una singular comunión de lumbreras de la ciencia, un *areópago*, que, á la par que árbitro casi exclusivo de la suerte de las relaciones internacionales en la esfera de la práctica, es, en la esfera científica, el que se ha atribuido la misión de ser revelador supremo é infalible de los principios del Derecho internacional. En este *areópago* jurídico internacional es donde encontramos un reflejo del célebre Colegio de los feciales de la antigüedad.

Carácter oficial no le tiene en modo alguno; pero dotado de marcadísima significación en el terreno doctrinal, ejerce decisiva influencia en la suerte de la vida de los Estados modernos. Sus individuos son, unos diplomáticos, otros ministros; unos sabios jurisconsultos, otros eminentes filósofos; y todos escritores de primera nota ú oradores de portentosa elocuencia, acreditada comunmente en las tribunas de los Parlamentos europeos. No es, empero, su inmiscuición en la política activa de los Estados lo que constituye su carácter, considerados bajo el punto de vista especial, que nos hemos propuesto, al trazar estos renglones; no es su distintivo el puesto que ocupan en las Diputaciones, en los Gabinetes ó en las Diplomacias; les consideramos aquí solamente como *hombres de ciencia*. Y bajo este aspecto, ¿quién dudará que entre los campeones de la moderna ciencia del Derecho internacional existen verdaderas escuelas, y que entre los partidarios de la imbuida por el racionalismo existe una visible solidaridad de

ideas, de tendencias y aspiraciones? A los tratadistas de Derecho internacional que militan en las filas de esta última escuela ó agrupación, es á quienes nos referimos.

Ellos son los inventores de las teorías que, por sí solas y á pesar de no entrañar ningún principio cardinal de justicia, bastarían para poner en una serie interminable de luchas á todos los pueblos del universo; ellos son los inventores de las teorías que, después de haber conmovido los cimientos de una antigua organización política, resultarían faltos de virtualidad suficiente para constituir una nueva organización constitucional sólida, estable y duradera; y ellos son los panegiristas entusiastas de tales teorías, ellos son sus propagandistas incansables.

Pero es más; es que las flamantes teorías por ellos sustentadas y que informan la ciencia internacional del presente siglo, no sólo están destituidas de todo valor jurídico, sino que, como ya tenemos indicado, se amoldan perfectamente á cohonestar actos que, sin dichas teorías, no merecerían otro nombre que el de violencias. Y he aquí la razón del éxito que han obtenido los principios y teorías á que venimos refiriéndonos en las altas esferas gubernamentales y diplomáticas; he aquí por qué, apenas formuladas, á són de trompeta se han esparcido por todo el orbe; he aquí por qué han sido tan cacareadas, lo mismo en todos los centros destinados á la vida intelectual, que por medio de la imprenta. E invocando á tales principios y teorías se ha transformado el mapa político de uno y otro hemisferio; y es casi imposible que no vaya unido su nombre á los más notables acontecimientos registrados por la historia contemporánea.

Tenemos ya, pues, indicado lo que afirmábamos en nuestro precedente artículo. En los tiempos actuales, invocando el nombre de la ciencia, es posible realizar en el orden internacional actos parecidos á los que verificó el pueblo romano, colocándose á la sombra de una institución religiosa. Cuando convino á Roma hacerse dueña de determinado territorio perteneciente á un Estado, confiada del éxito de sus empresas bélicas, no tenía que hacer más que declararle la guerra. A este fin cuidaba de fingir un agravio, de provocar un insulto; y estribando en el insulto ó agravio un motivo para romper las relaciones pacíficas, la guerra era desde luego declarada. Pero la intervención del Colegio de los feciales y las solemnidades religiosas por él empleadas, era lo que daba aspecto de justicia á la guerra, aunque no fuera esta intrínsecamente justa; y de esta suerte ninguna aprehensión ó escrúpulo podía renacer en la conciencia de los romanos. Pues bien: ¿no sucedió cosa exactamente igual, por ejemplo, en el año 1870 en la península italiana? ¿No ocurrió allí un hecho que la justicia jamás podrá legitimar, sino que, por el contrario, formulará contra él eterna y severa condenación? Y el hecho al que hacemos alusión, á pesar de ser á todas luces injusto, ¿no fué,

sin embargo, legitimado y legalizado exteriormente, á los ojos de las diplomacias y del público, merced á las modernas teorías de la *nacionalidad* y del *plebiscito*?—¿Qué más hubieran podido hacer los feaciales de la antigüedad?—¿Qué tiene de extraño, pues, que, aún involuntariamente, acuda á nuestra memoria el nombre de *feaciales*, cada vez que fijamos nuestra atención en los que calurosamente propagan y defienden las teorías falaces y absurdas de la *nacionalidad*, del *plebiscito*, de la *no intervención*, del *proteccionado* y otras, á tenor de las cuales se va desarrollando el moderno derecho internacional?

J. PUIG DE ASPRER.

---

### SITUACION DE LA HACIENDA.

---

El interés que despiertan las cuestiones económicas y los asuntos financieros, así en las naciones de Europa como en las del Nuevo Continente, abona la conducta de aquellos estadistas que, previendo de antemano esa corriente de la opinión, hoy tan enérgica y avasalladora, pedían, en bien de los Estados, una razonable tregua para las luchas políticas, á fin de prevenirse, y concertar los esfuerzos de todos, de modo que pudieran fácilmente orillarse las dificultades económicas, cuando éstas reclamaran una solución pronta é improrrogable, como hoy la están reclamando. Los que entonces se opusieron á que, dando de mano á las luchas de los partidos, se emprendiera enérgica campaña en favor de los intereses materiales, seriamente amenazados, hoy reconocen por fin su error, y con el entusiasmo de los neo-conversos, sostienen con más empeño que nadie, la necesidad urgentísima de acudir en auxilio de la producción nacional y del fomento de todas las fuentes de la pública riqueza. Con rapidez pasmosa han pasado ciertos políticos desde las regiones más abstractas de un idealismo utópico, á las más bajas escabrosidades de un materialismo grosero, enseñando hoy que los pueblos sólo deben vivir de pan, siendo así que afirmaban ayer, que los pueblos sólo suspiran por ideales que los levanten y dignifiquen.

La verdad es que hoy apenas si se oyen en el campo de la política otras voces que las que profieren aquellos cuyos corazones, como decía Catalina, sólo vibran al sonido del metal. No parece sino que nuestra patria ha sido recientemente saqueada, y que la única preocupación de los españoles debe ser la de reponer sus arcas y reconquistar sus tesoros, como si la bancarrota llamara con mano firme á las puertas de nuestro crédito. Con tanto ponderar y lamentar los agobios de nuestra situación financiera, se ha logrado acreditar la especie de que nuestro empobrecimiento es enorme y de que, si no se apela con urgencia á

medidas heroicas, quedará luego España convertida en un país de pordioseros.

Tres elementos diversos concurren, á nuestro entender, á dar crédito y autoridad á esa opinión, tan desfavorable para nuestra situación económica, agrandando el presente conflicto financiero: los lamentos de aquellos que han visto resentidos sus intereses por la depreciación de los valores públicos y el alza de los cambios; los augurios fatídicos de ciertos espíritus superficiales, excesivamente impresionados por las noticias de sensación maliciosamente propaladas; y las arterias y ruindades de los propaladores de esas noticias, que piensan pescar á río revuelto, y que desgraciadamente son los únicos que saben lo que quieren en esa confusión aterradora de ayes lastimosos y de pronósticos tremebundos. Por este procedimiento, tan egoísta como anti-patriótico, estos especuladores de mala ley han logrado desviar la pública atención de las demás plazas comerciales, para fijarla sólo en la nuestra, dando á entender que nuestro estado financiero es una excepción lamentable, cuando en realidad sólo se distingue del de las demás naciones por causas accidentales, que transitoriamente lo han agravado.

¡Que el crédito nacional desaparece! ¡Que estamos abocados á una crisis financiera como de la Republica Argentina y la de Portugal! Estas y otras expresiones terroríficas se escriben á diario en ciertas publicaciones y se profieren en Clubs y Ateneos. Ojalá que en ellas no pudiéramos ver otra cosa que una voz de alarma arrancada por la susceptibilidad del patriotismo! Pero es lo cierto que esas publicaciones que hoy tanto ponderan el aumento del déficit, y que tan resueltamente afirman que el crédito del Estado está en angustiosa agonía, contemplaron impasibles como el presupuesto liquidado de 1888-89 arrojó un déficit de 122 millones de pesetas, y tampoco se estremecieron cuando se supo que cerraba con un déficit de 600 millones el primer presupuesto de aquella dominación que convirtió las iglesias en salas de baile y declaró guerra abierta al Catolicismo? El presupuesto ya liquidado de 1889-1890 arroja un déficit de 61 millones, y se calcula que el de 1891-1892 será de 51 millones. Como se ve, el déficit, lejos de aumentar va disminuyendo, y carecen de fundamento las alharacas de esos hacendistas á ratos, que ponderan el aumento creciente del déficit con que se cierran los presupuestos.

También es exagerado el aumento atribuido á la deuda flotante, y no arguye la mejor buena fe el alegar, como sintoma de esa agravación constante, el proyecto de hacer un empréstito de 250 millones, que permita convertir la deuda flotante acumulada durante el último decenio. Es de advertir, en primer lugar, que se trata de 250 millones nominales, y en segundo lugar, que aun cuando fueran efectivos, no acusan un desbarajuste en la

Hacienda, ni una carga insoportable, puesto que el Estado ha amortizado en igual período de tiempo otras deudas que ascienden en conjunto á una cifra mucho mayor, á la cifra de 309 millones efectivos. Son, por lo tanto, del todo gratuitas las ponderaciones de los periódicos radicales que, en nombre del crédito nacional, reclaman la supresión del presupuesto del culto y clero y el de la lista civil de la casa real, y los números demuestran que en el fondo de esas exageraciones palpita un sentimiento acatólico y revolucionario, y no el sentimiento del patriotismo.

Otro de los temas explotados por los terroristas financieros, es la necesidad de castigar el presupuesto de guerra. Afortunadamente, los hechos ponen también al descubierto sus aviesas intenciones. Es precisamente España la única nación importante cuyo presupuesto de guerra va anualmente disminuyendo. Cinco años atrás era de 165 millones y ahora es de 142 solamente, y aún los periódicos anuncian que en el próximo presupuesto quedará esta cifra notablemente rebajada. Y esto que nunca se trabajó como en estos últimos años en la organización del ejército y en la restauración de la escuadra, y esto que nunca fué tan necesario como ahora atender á la defensa nacional, ya que los peligros de una guerra europea imponen el deber de asegurar la neutralidad á que aspiramos, y eso no lo lograremos sino mostrando que somos bastante fuertes para no vernos precisados á salir de ella. Sería imprudente castigar más de lo que se viene haciendo nuestro presupuesto de guerra, mientras no se desvanezcan los peligros de una lucha gigantesca entre las grandes potencias europeas. Otra cosa fuera, si nuestros presupuestos estuvieran tan recargados como los de la República Norteamericana, donde se consignan 1200 millones de pesetas para sostener una escuadra que nunca ha surcado los mares, y donde desde 1865 se ha gastado en construcciones navales, que no han dado ni una sola flota, la enorme suma de 419,000,000 de duros.

Los datos aducidos demuestran, que los lamentos terroríficos lanzados por la prensa radical, con ocasión de nuestra situación económica, pueden traducirse en la siguiente frase: guerra al trono, guerra al altar, guerra al ejército!

L. CABOT Y NEGREVERNIS.

---

## SUEÑOS DEL NIÑO DIOS.

---

El Niño Dios levanta  
sus manecitas  
y le dice á su Madre:  
—¿Qué significa

una corona grande  
toda de espinas?  
—¿Dónde la has visto, hermoso?  
—Mientras soñaba:  
un rosal que en un soplo  
perdió su savia,  
la formaba, enlazando  
sus secas ramas.  
—Querubin de mi vida,  
no te atormentes,  
y haz corona de rosas  
para tus sienes.

\* \* \*

¡Supieses, Madre mía  
lo que he soñado!  
una cruz de madera  
que con sus brazos  
parecía decirme  
«¡Ven, que te aguardo!»  
En la falda de un monte  
entre tinieblas  
dos mujeres lloraban...  
¡qué inmensa pena!  
me fingí ver en una  
tu imagen bella.  
Dice la Virgen, mientras  
besa su frente:  
—Flor la más delicada  
de los vergeles,  
para tu tierno cuerpo  
mis brazos tienes.—  
Mas la responde el Niño,  
presa de fiebre:  
—De lejanos lugares  
llegaron reyes,  
y recibí en tus brazos  
ricos presentes;  
me honró el pueblo piadoso  
con santas preces;  
pero cuando alejado  
de tí me encuentre,  
voy á oír como el pueblo  
pide mi muerte,  
y habrá otro rey, impío,  
que me condene.

A. ELÍAS.

## CARTAS

## AL JOVEN CONRADO SOBRE EL PERIODISMO CATÓLICO

## IV.

Mi querido Conrado: ¿Con qué no me será fácil demostrar las ventajas de la *Revista* sobre el *Diario*, tratándose de propaganda católica? «Nunca una *Revista*, no digo quincenal como la vuestra, pero ni aunque fuera semanal, ejercerá una acción tan rápida, tan extensa, tan oportuna, tan eficaz, como la ejercida por el *Diario*. Dada la rapidez de las comunicaciones, el que está suscrito á un buen *Diario*, está siempre informado al día de cuanto importante acaece en todo el mundo civilizado, y cuando ve la *Revista* la luz pública muchos acontecimientos han perdido ya el interés de la actualidad, han hecho lugar á nuevos acontecimientos, que son los que preocupan la atención, y acerca de los cuales nada puede decir la *Revista* que últimamente se recibe. De aquí, la necesidad de organizar una prensa diaria católica, si no se quiere que los Diarios acatólicos monopolicen la opinión, presentando los hechos bajo el aspecto que más les conviene, y rodeándolos de ciertos comentarios que los hagan concurrir al fin de su propaganda, previniendo maliciosamente la acción de la *Revista* que, al llegar á deshora, todo lo encontrará hecho y apañado. Dejaos, por lo tanto, de la *Revista* y ved si lograis sustituirla por un *Diario*, para no trabajar inútilmente: empeñarse en viajar en galera cuando otros viajan en ferrocarril, es querer llegar tarde y echar á perder todos los negocios.»

Te confieso ingenuamente, amigo Conrado, que la lectura de las anteriores observaciones, produjo en mi espíritu, al menos por breves momentos, el efecto que sin duda te propusiste. Pero luego reaccioné sobre mí mismo, y me pregunté ¿cómo es, entonces, que todas las Asociaciones, ya sean católicas, ya dejen de serlo, adoptan constantemente para su propaganda la *Revista*, y nunca recurren al *Diario*? No se les puede ocultar la ventaja inmensa que el *Diario* lleva á la *Revista*, y en la que tan oportunamente insiste Conrado. Ha de haber aquí una causa poderosa, que haya determinado esa unanimidad de acción, y en la cual Conrado no se ha fijado lo bastante. Y reflexionando sobre ello, vine á deducir que la cuestión no está en saber lo que es mejor, sino en hacer lo que es posible. En tesis general, parece á primera vista que sea preferible la forma diaria á la forma periódica semanal, decenal, quincenal, etc. Pero ¿pueden las Asociaciones Católicas, de la índole de la ACADEMIA CALASANCIA, enfrascarse en el empeño de sostener un *Diario* que pueda contrarrestar la acción disolvente de los Diarios católicos?

Esta es la pregunta que yo me hice, después de reflexionar sobre tu carta, y esa misma quisiera que te hicieras á ti propio, cuando vuelvas á discurrir sobre las ventajas que el *Diario* lleva á la *Revista*. Ni la ACADEMIA CALASANCIA, ni ninguna Asociación católica de su clase, posee el capital que requiere la fundación de un buen *Diario*. Tampoco pueden disponer del personal suficiente, porque un *Diario*, ya por los apremios de la Redacción, ya por las atenciones de la Administración, necesita un personal numeroso, que viva de lleno consagrado á las tareas del periódico. ¿A qué, pues, hablar de las ventajas del *Diario*, si el *Diario* no es posible, si no tenemos, ni hemos de tener nunca, el capital y el personal necesarios? Sólo en el caso de que la ACADEMIA CALASANCIA se compusiera de jóvenes acaudalados y sin más obligaciones que las emanadas del carácter académico, podría empeñarse en la publicación de un *Diario*, que absorbiera todas sus fuerzas y agotara todas sus energías. Y aun sobre esto te diré algo, más adelante.

Por de pronto, Conrado, suponte que reunimos un capital respetable, y que entre los Académicos llegamos á encontrar un número de jóvenes de posición bastante holgada, para dedicar toda su actividad y las mejores horas del día, á la labor del *Diario*; pues así y todo, sería una imprudencia emprender su publicación. Y esto ¿por qué? Pues sencillamente, porque nos faltarían lectores en número suficiente para llegar á cubrir gastos, aun suponiendo que la redacción y administración corrieran á cargo de los Académicos, y que sólo hubiera de pagarse la impresión, envío y reparto del *Diario*. Esos gastos imprescindibles exigen algunos millares de suscriptores, y un *Diario* netamente católico y sin conexiones políticas, sólo á la vuelta de algunos años puede contar con ese número de suscriptores. Y entre tanto, el capital comprometido va desapareciendo, y es preciso hacer nuevos desembolsos, y dar por perdido todo lo anticipado y exponer lo que de nuevo se apronta. Ya ves que no sólo se pierde el tiempo y el trabajo, sino el dinero, lanzándose á una empresa como la que tú prefieres. Asegúrame de antemano lectores bastantes en número para cubrir los gastos del *Diario*, y entonces, todavía veremos. Pero ¿dónde están esos lectores? Todos los *Diarios* de carácter exclusivamente católico que en España han aparecido, han muerto de consunción, por falta de suscriptores. Cierto, que hace más de tres años que en Madrid se publica *El Movimiento Católico*, y que nada tiene que ver con los partidos políticos; pero también es cierto que, á pesar del apoyo que el Episcopado español le presta, su vida es lángida, y su sostenimiento cuesta grandes sacrificios pecuniarios, y dista mucho de tener asegurada su existencia. Un *Diario* no puede vivir con la suscripción moderada que asegura la vida de una *Revista*.

Pero aún quiero prescindir de cuanto llevo escrito, y quiero concederte de balde que pudiéramos publicar un *Diario* con la seguridad de salir airosos en nuestro intento, de modo que dispusiéramos de personal, de fondos y de suscriptores que respondieran del éxito. Ya ves que me coloco en el terreno más favorable á tus pretensiones. Pues así y todo, soy de parecer que no debiéramos optar por el *Diario*, sino por la *Revista*. Esta puede servir mejor que aquél á los fines de la ACADEMIA CALASANCIA. Ya te son conocidos esos fines desde el primer Número, pues en el Artículo-programa quedan manifiestamente consignados. Allí leiste que esos fines se reducen á dos: propagar la verdad católica y defenderla de sus detractores, y además, ejercitar á los Académicos en el Apostolado de la prensa, disponiéndoles para ser con el tiempo buenos publicistas católicos. Y tienes de sobras buen juicio, para comprender que ambos fines pueden más fácilmente lograrse por medio de una *Revista*, que por medio de un *Diario*. La exposición de la doctrina católica y la refutación de los errores heterodoxos, se avienen mal con el apresuramiento exigido por la prensa diaria, y aún peor con el apasionamiento y calor de las discusiones entabladas por los *Diarios*, los cuales languidecen y pierden todo su interés, si en ellos se tratan con calma y reposo los asuntos palpitantes, ó si se aplaza para el día siguiente lo que en el actual momento puede ser leído. Y estas condiciones en que ha de vivir la prensa diaria, bien conoces, querido Conrado, que no son las mejores para formar publicistas dignos de la santa causa que nosotros defendemos. ¿Cómo podríamos librarnos de esa parcialidad que tanto impera en el periodismo diario, de esa ligereza en el juzgar las cosas y las personas, de esa insustancialidad en los artículos de fondo, de esa forma antiliteraria que acaba con el buen gusto, corrompiendo y falseando el hermoso idioma de Cervantes y de Granada? Noveles en las tareas periodísticas, ¿cómo habíamos de hacer nuestro noviciado en la prensa diaria, sin que se nos pegaran los vicios de que ésta adolece?

Calma esos entusiasmos que sientes hacia la prensa diaria católica. Todavía yo no sé si ésta ha sido más útil que perjudicial á los intereses de la Iglesia. No pocas veces se ha manifestado parcial y apasionada y revolucionaria como la misma prensa heterodoxa. De su conducta se ha lamentado en varias ocasiones León XIII y con acentos muy subidos, llegando á decir á los *Diarios* católicos de Francia, que sería preferible su desaparición á la continuación en su proceder inconvenientísimo. Y advierte que tengo por averiguado é indiscutible, que la conducta de los *Diarios* católicos ha sido, en general, mucho más correcta que la de los sectarios é impíos. El mal está en la naturaleza misma del periodismo diario: es punto menos que imposible evitar el apasionamiento en las discusiones, la precipitación en los

juicios, y el descuido en las formas, y sobre todo, la parcialidad en los asuntos de interés palpitante. Y créeme, Conrado, que esos defectos perjudican poco á la causa de la impiedad, aunque resalten en los Diarios que la defienden; pero son por demás nocivos á la causa de la Iglesia, aunque sólo levemente puedan ser imputados á los Diarios católicos, los cuales, por el hecho de ser tales, deben ostentar un espíritu de moderación, de prudencia, de imparcialidad y de caridad, que sólo muy difícilmente puede conciliarse con las tareas comprometedoras del periodismo diario. En cambio, se hermanan á maravilla con los ejercicios periodísticos de la *Revista*.

Pero esos defectos, de que adolece nuestra prensa católica diaria, provienen en gran parte de la falta de lectores que sean exclusivamente católicos. Nuestros *Diarios*, aunque sus Directores y redactores se propongan ante todo la propaganda católica, deben acariciar un ideal político, si no quieren verse abandonados de sus suscriptores, y de aquí que participen de los inconvenientes y de las impurezas de los Diarios políticos. Antes, pues, de fundar un Diario exclusivamente católico, se necesita crearse un público adherido al mismo, se necesita formar lectores. En Alemania, donde no hay tantos católicos como en España, existen más de cuatrocientas publicaciones católicas, y es que allí siempre los fundadores de un Periódico católico cuentan con el apoyo de los fieles, los cuales, aún sin necesitar el Diario, se suscriben á él para darle vida y prosperidad. En Francia empieza á manifestarse ese espíritu de apoyo á la prensa católica, y Diario católico hay, como *La Croix*, que tiene 300,000 lectores. Pero en España, tengo por cierto, que si los Diarios católicos que hoy se publican, abjuraran sus ideales políticos, irían desapareciendo paulatinamente del estadio de la prensa, porque perderían la mayor parte de sus lectores.

Por donde vendrás á convenir conmigo, en que la ACADEMIA CALASANCIA, no podía en manera alguna fundar un Diario católico de pura propaganda doctrinal, y que por necesidad debía publicar una *Revista*. Para ésta tendrá número suficiente de lectores, pero no los hubiera tenido para un Diario, á no ser que hubiera levantado una bandera político-católica, lo cual hubiera sido contrario á los fines de su institución y á los propósitos de todos los Académicos, que en calidad de tales, viven completamente alejados de todo interés político.

No quiero seguir en este orden de consideraciones has ta saber tu opinión sobre las precedentes. En espera de tu carta, se despide de tí tu afmo. a. y s. s. q. b. t. m.

O. S.

Barcelona 14 de Diciembre de 1891.

---

## LA ESPERANZA

En medio de la noche tenebrosa,  
que al sér, el desengaño cruel, retrata;  
una luz refulgente se dilata,  
siempre radiante y siempre venturosa.

Esta luz intangible y misteriosa,  
cuyo hermoso brillar pronto arrebató;  
á la dicha perdida la rescata,  
y de débil la vuelve en poderosa.

Mientras brilla, ni hay pena sin consuelo,  
ni el duro desengaño nunca avanza,  
pues ella al desgarrar el denso velo  
del temor, y oscilando en lontananza  
siempre dice....Recuerda que hay un cielo,  
y en el cielo una aurora: ¡La Esperanza!

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE OLALDE.

*Barcelona 10 diciembre de 1891.*

---

## PENSAMIENTOS

---

La conversación de aquellos que gustan demostrar superioridad es muy enfadosa. Los que á todas horas predicán virtud en las conversaciones, son por lo ordinario grandes fanfarrones y engañadores. El gran cuidado que tienen los mundanos en alabar la virtud, es algunas veces una señal grande de su negligencia en practicarla.

*Laroche*

\*  
\* \*

Un hombre á quien nadie le agrada, es mucho más desventurado que aquel que no agrada á nadie.

\*  
\* \*

La naturaleza nos ha dado una vida corta, pero el recuerdo de una vida bien empleada es inmortal.

*Demóstenes*

\*  
\* \*

Hay mucha menor distancia de la virtud á los vicios, que de los vicios á la virtud.

*Séneca.*

\*  
\* \*

El Cardenal Alonso Fontseca decia, que no eran cuatro leguas las que habia desde Alcalá á Guadalajara sino cuatrocientas; tanta es la diversidad de la tierra, gentes, costumbres y trajes.

\*\*\*

\*  
\* \*

El derecho marítimo interesa á todas las naciones. El mar no puede ser poseído ni cultivado; es un camino verdaderamente público y toda pretensión á la supremacía en él de parte de una nación, es una declaración de guerra á los demás pueblos.

*Napoleón.*

\*  
\* \*

No es solamente el niño quien necesita del descanso dominical; son el hombre, la mujer, el anciano, los que tienen necesidad de un tiempo reservado por la ley y la conciencia pública para dar algún descanso á sus cuerpos, para recoger su espíritu, para elevar y engrandecer su alma, para adorar á Dios. Sin este reposo, el obrero no es más que un animal de carga, puesto al servicio de los que descansan siempre: y la instrucción una arma de mentira y de agresión para algunos privilegiados.

*Keller.*

\*  
\* \*

Cuando la fe que es la palma de los hombres ha emigrado á los espacios, el mundo es un palenque; la vida una lucha; los hombres todos son víctimas, no hay vencedores. La lucha con Dios es insensata; si un triunfo se obtiene, es el triunfo del dolor, la amargura de las lágrimas, nada más.

\*\*\*

\*  
\* \*

¿Quién si no ama á su Dios, puede amar á sus semejantes? ¿Qué cosa puede haber estable entre nosotros, si las ofrendas hechas á Dios son reputadas bienes comunes? ¿Cómo obedecerá al magistrado, quien ha destrozado los preceptos santos y hecho añicos el pedestal de todas las justicias? ¿Cómo creará en el pudor quien no cree ni en la divinidad, ni en la santidad de las aras, ni en la necesidad del culto, ni en la consagración de las

virgenes, ni el deber de dar cumplimiento á los votos hechos al Eterno? ¿Y á esa descreencia la llaman sabiduria? ¿A esa descreencia que es la más espantosa de las ignorancias?

*Ortiz de la Vega.*

\*  
\* \*

Si amais la vida, aprovechad el tiempo que es la tela con que la vida está hecha.

*Ponlevoy.*

\*  
\* \*

Es muchas veces difícil juzgar si es efecto de equidad ó de sagacidad un proceder limpio, sincero y honroso.

*Isnard.*

\*  
\* \*

¿Quién desembrollará este caos? La naturaleza confunde á los pirrónicos y la razón á los dogmatistas. Qué será pues de vosotros; dónde ireis á parar inquiriendo vuestra verdadera condición por la sola razón natural? Ni podeis evitar ninguna de estas sectas, ni subsistir en ninguna de ellas.

*Pascal.*

\*  
\* \*

Casi nunca los amigos por numerosos que sean bastan: en cambio siempre un enemigo sobra.

\*\*\*

\*  
\* \*

La mujer bonita suele burlarse de todas las que se casan con feos. La fea, pero graciosa, suele decir, que hermosura sin gracia es pan sin sal. La fea sin gracia, que no hay hermosura como la del corazón. La coqueta llama hipócritas á las que no son como ella. La rica desprecia al rico y suele casarse con pobre. La que no es rica ni pobre sostiene que la primera se casa engañada y la segunda engañando. La que es discreta y virtuosa no se cuida ni de unas, ni de otras.

\*\*\*

\*  
\* \*

Primero nos han de faltar lágrimas, que motivos para llorar.

*Séneca.*

*Recogidos por N. P y D.*



## EL RACIONALISMO

(Conclusión)

renegar de sí propia! Y fué en vano, que Kant, como si le remordiera la conciencia de tanta desolación y ruina como había sembrado, intentara después en su *Critica de la razón práctica* reconstruir aquello mismo que había derruido en su *Critica de la razón pura*, pues, como decía no ha mucho tiempo un orador ilustre, el Sr. Pidal y Mon, contestando al Sr. Menéndez Pelayo: «es en vano que trate Kant de sacar á salvo al alma y al mismo Dios por la puerta falsa de su *razón práctica* y del *imperativo categórico*, con lo que no consigue más que demostrar la santa simplicidad de su intención piadosa, pues si á la *Critica de la razón pura* se le puede argüir negando valor á los razonamientos con que niega el valor de la razón, en virtud de su propia doctrina, en virtud de su misma doctrina también se puede argüir á su *Critica de la razón práctica*, negando á su imperativo categórico todo otro valor que el puramente fenomenal, con lo que vuelve á desaparecer la llovida realidad de su famoso postulado.»



Y tras del padre del racionalismo ¿qué ha venido? ¡Ah, señores! Han llovido sobre nosotros un conjunto de abigarrados sistemas, de monstruosos absurdos, de aberraciones sin fin, que el sentido común rechaza y el corazón del hombre maldice. Vino, señores, un racionalismo no crítico y subjetivo como lo había sido el de Kant y hasta quizás el de Fichte, sino dogmático y objetivo: vino el panteísmo idealista de Fichte y de Schelling y el panteísmo dinámico de Hegel y Schopenhauer, y tras ellos siguieron y están aún siguiendo en nuestros días los horribles sarcasmos, las espantosas mentiras, los inauditos sofismas y las horrendas blasfemias de los Strauss, Renan, Büchner, Moleschott, Feuerbach, Spencer y demás corifeos del positivismo ó materialismo, llamadle como queráis, que para mí es indistinto.

No necesito, indudablemente, deciros que no conozco yo todas las obras de los autores que acabo de citaros, no conozco yo todos sus razonamientos, pero sí creo conocer las conclusiones

que todos ellos sientan, y creo, señores, que esto me basta. Yo sé que destruyendo los unos lo que los otros afirman, destruyendo unas veces, Fichte, aquella dualidad entre el mundo objetivo y el subjetivo, entre el sujeto y el objeto del conocimiento que antes Kant estableciera; negando después, Krausse, aquel *prius absolutum* del que antes Hegel y Schelling habían partido; derribando otras veces, Hegel, todo el edificio por Kant levantado, sin dejar en pie una sola de sus conclusiones; ó demostrando más tarde, Renán y Feuerbach, cuanta sea la impiedad que el racionalismo hegeliano encierra, en contra de lo que antes el mismo Hegel pretendiera y afirmara; y así, de esta suerte, negando continuamente los unos lo que los otros afirmaron, sembrando en los corazones un espantoso pesimismo y en las almas un escepticismo aterrador, terminan por estar acordes sólo en una cosa: en negarnos la existencia de un Dios personal; en decirnos que aquel Padre Eterno, infinito en bondad y misericordia, al que mil veces dirigiéramos nuestras plegarias en busca de aquel apoyo y consuelo que el mundo nos negara, no es más que un sueño, una ilusión, mentira; que aquella patria celestial en la que nuestras esperanzas se cifraban y en la que habían de encontrar gloriosas compensaciones los que aquí padecieron por la virtud y la justicia, tampoco es más que un cuento de hadas; que más allá de la tumba no hay más que silencio, reposo eterno, muerte perpetua, nada; que esa alma tan noble que nos anima y este corazón que tan fuertemente palpita, se han de perder y perder para siempre. Y después de estar acordes en todo esto, empiezan sus discrepancias, y los unos nos dicen que no somos más que lo vago, lo neutro, lo indefinido; simple accidente de única sustancia; que nuestra individualidad no existe; que aunque nos *parezca* ser los unos distintos de los otros, en *realidad* no somos más que distintas modificaciones de una misma sustancia, que somos aquel mismo que acaba de asesinar á su madre ó traicionar á su patria. Otros nos dicen que ni el alma ni la razón humana existen, que la *libertad* es una *ficción*, la *conciencia* pura *determinación* de los elementos constitutivos de la sangre, el *pensamiento* producto del *fósforo* que la química descubre en el cerebro, el *derecho* una *farsa*, la *caridad* una *mentira*, el *crimen* y la *virtud* productos fatales de la sustancia cerebral como el *vitriolo* y el *azúcar*, el genio una *neurosis*, los *santos* y los *sabios*

simples transformaciones de la actividad solar, *Dios* la materia moviéndose eternamente en el *acaso* y la *Ciencia*, esa misma ciencia por ellos tan cacareada, no es para ellos mismos más que el *horroroso vacío*, la *espantosa nada*, en la que como dice un orador insigne vienen á parar tantas arrogancias inauditas de la razón humana, acorralada por el estrecho círculo de irreducibles enigmas é insolubles antinomias en que ella misma se encierra locamente, al rechazar las luces que de consuno le ofrecen la religión, la metafísica y la verdadera ciencia experimental.

No, señores, no creo se necesite ser un consumado filósofo para poder apreciar todos estos repugnantes sistemas. Basta tener sentido común, corazón y sentimientos para que, ante tamaña *novela*, pero novela criminalmente horrenda, se levante indignado el corazón del hombre. Es imposible leer á Büchner y Moleschott, sin que del fondo de nuestros espíritus se levante un sentimiento de hondo disgusto y de invencible repugnancia. ¡Sí, señores, á aquel hombre que el Cristianismo nos había ofrecido tan grande, tan digno y tan hermoso, ha querido convertirlo el racionalismo en un animal inmundo degradado por los más viles y sensuales placeres!

¡Y para llegar á este resultado han querido desplegar nuestros apellidados *sabios* tantas aparatosas filosofías, tanta pompa científica y tanto lujo de barbarismos con que pretenden deslumbrarnos! ¡Y es esa ciencia filosófica contemporánea, tan pomposa como huera la que pretende destruir á la antigua y tradicional ciencia cristiana! ¿Es esa ciencia que define á Dios *El gran Nada*, clasifica á la razón como una *enfermedad cerebral*, consagra *el triunfo del más fuerte*, y presenta como suprema aspiración del sér *la lucha por la existencia*, condenado por cumplimiento de la ley evolutiva de la vida en esa eterna transformación de la materia, al suplicio de un indeterminado movimiento sin esperanza de reposo; la que quiere derruir á aquella otra ciencia esplendorosa, para la que, siendo Dios el creador de todo lo visible y principio de toda verdad, eleva la inteligencia del hombre á las más altas regiones y ofrece á su corazón, raudales infinitos é inacabables de amor purísimo? ¿Ellos, los apellidados *sabios modernos*, aquellos á quienes si preguntais ¿quién sois, cuál es mi origen? ¿cuál es mi destino? os responden siempre con la sarcástica palabra *nada*; ellos son los que quieren derribar á

aquella otra ciencia tan sublime en su sencillez, como clarísima en su grandeza, en la que hasta el niño que á sus pechos se ha amamantado con sólo el catecismo en la mano, os explica con mucha mayor claridad que Aristóteles y Platón, y sobre todo que Hegel y Moleschott, cuál es el principio de las cosas y cuáles son sus causas finales; la naturaleza de los cuerpos y las esencias de los espíritus; el motivo del placer y la causa del dolor; el camino por donde anda, el término á donde va y el punto de donde viene; el misterio de su peregrinación en la tierra y el derrotero de su viaje; el enigma de sus lágrimas, el secreto de su vida y el arcano de la muerte? ¿Ellos los de la *nueva ciencia*, los Kant, Hegel, Fichte, Büchner, Strauss; los que tras aparatosas bambalinas, esconden la triste y amarga realidad de una *ciencia vacía de toda realidad positiva*, son los que pretenden derribar á la sublime, grandiosa y excelsa filosofía cristiana, á aquella filosofía profesada todos los siglos por los hombres más eminentes en el saber, y que produjo en el Aguila de Hipona aquella obra inmortal la *Ciudad de Dios*, en donde aparece en toda su majestuosa belleza el más sublime y elevado ontologismo; en el Angel de las escuelas, el más espléndido monumento de saber, su incomparable *Summa*; en Fenelón su *Existencia de Dios*, libro el más bello de cuantos vieron la luz en el siglo xvii; ellos, señores, son los que quieren destruir aquella filosofía venerada por Descartes, y que arrancó los más dulces suspiros á Pascal, y arrebatadores acentos á Bossuet? ¿Ellos, los de la *negación* racionalista donde todo es falso, contradictorio y absurdo, son los que quieren destruir la *afirmación* cristiana donde todo es claro, sencillo, natural y lógico? ¿Ellos, los que burlándose de la fe, se ven forzados á creer en lo que es *misteriosamente absurdo*, son los que quieren destruir nuestra fe, porque creemos en lo que es *divinamente misterioso*? ¡No, señores! Digámosles con aquel mismo orador ilustre que antes os citaba, estas duras pero merecidas palabras, dictadas por la conciencia del deber sobrepuesto á todo respeto humano: «¡Atrás, sofistas y retóricos, que para torcer los destinos de la humanidad, volveis del revés las leyes naturales de la razón y hasta el sentido propio y tradicional de las palabras! ¡Atrás, vosotros todos, los que en nombre de una razón que no puede raciocinar según vuestros propios razonamientos, nos habláis como pitonisas infalibles de una realidad que no

existe ó cuya existencia no se puede demostrar según vosotros!» ¡Atrás, los que contra lo que nuestro sentido íntimo nos dice, nos afirmáis que la amistad es una *ilusión*, el derecho una *inmoralidad* y la caridad una *mentira*! ¡Atrás, esa absurda ciencia que por querer renegar de los *misterios divinos*, nos envuelve en un horrendo y perpetuo *misterio materialista*! ¡Atrás y paso franco á la ciencia verdaderamente seria, á la única y verdadera ciencia cristiana, que colocando en Dios el principio de toda verdad, y en Jesucristo el punto de nuestra redención, nos lo explica todo de un modo claro y sencillo, grande y elevado, lo mismo el placer que el dolor, el bien que el mal, la vida que la muerte!

No, señores; en la lucha que el racionalismo viene sosteniendo contra el Cristianismo, ni aquél puede triunfar, ni éste puede quedar vencido. Podrán algunos racionalistas combatir, como lo están haciendo en nuestros días, con furiosa rabia al Cristianismo, pero ¿derribarlo? ¿destruirlo? ¡Jamás! Por soberbiosa que sea, señores, la altura de algunos de los corifeos del racionalismo, son sin embargo demasiado pigmeos para una empresa tan alta. Las fuerzas de que hoy disfruta el racionalismo, preciso es reconocerlo, son grandes porque son satánicas, pero no temamos, señores, que la vitalidad del Cristianismo es mayor porque es divina. Podrán sin duda los racionalistas por más ó menos tiempo trastornar el mundo, y con él los espíritus todos; podrán quizás, llamando virtud al crimen, esclavitud á la libertad y derecho á la fuerza, apoderarse de los gobiernos y llegar á constituir un poder infaliblemente demagógico, pagano en su constitución y satánico en su grandeza; mas ¡ay! que tan pronto la humanidad vuelva en sí de sus delirios, á todos sus sistemas, el sentido común ha de rechazarlos, la sana y recta razón condenarlos y el corazón noble y honrado maldecirlos. Sus palabras esconden veneno mortal. Sus frutos son frutos de maldición y de muerte. Ellos matan en el alma humana la virtud, y roban al corazón del hombre, la esperanza. Nada valen ante ellos, los más altos sacrificios, ni los más nobles sentimientos, ni los más puros anhelos. Y si no, señores, preguntad á cualquier racionalista, si alguno encontrais que sea del todo consecuente y práctico en la vida, preguntadle cuál es en definitiva su ideal; y vereis, señores, como os responde: Dejar que la razón se desenvuelva en este misterioso, evolutivo é *indefinido* proceso de lo absoluto; luego matar-

se, dejarse morir ó envolverse en una quietud estúpida; he aquí el único ideal que la vida puede ofrecer al panteísta dinámico. Apurar la copa del licor, rebosar de placer, satisfacer las pasiones, contentar la carne, gozar, vivir, luchar por la existencia, esto es, despedazarse, destruirse los unos á los otros para que domine y venza el más fuerte, y luego nada, morir, confundirse con la materia por los siglos de los siglos; he aquí el único ideal para los izquierdistas hegelianos, positivistas ó materialistas ó monistas dinámicos, como queráis, pues con todos estos pomposos nombres se apellidan. ¡Ah señores! ¡Qué horror! ¡Qué suprema desventura! ¡Qué degradación!

¿Y es posible que nos resignemos á tan desconsoladora suerte como á la que quieren condenarnos estos filósofos racionalistas? Yo siento dentro de mí un sér racional, criado á imagen y semejanza de mi Dios, dotado de alma, de corazón y de sentimiento. Y yo, señores, necesito para vivir, y creo que conmigo lo necesitáis todos vosotros, algo más que esos blanqueados sepulcros que los racionalistas nos ofrecen. Yo necesito, aire, fe, vida, ciencia, caridad, amor, todo lo que en vano buscareis sin hallar en medio de las ruínas racionalistas, por las que, las más de las veces se arrastran las más viles pasiones humanas y en las que nada grande, ni siquiera osamentas, de nada grande y generoso se encuentra. Y es en vano que nos hablen de su filantropía, de ese amor á los hombres, ó de eso que sus maestros llaman *antropología*, pues este culto, señores, es el culto más hueco que os podáis imaginar, y si algo significa, no es más, que preparar la época del egoísmo universal y absoluto, del culto á sí mismo, ó como decía el ilustre Moreno Nieto, su objeto no es otro que preparar el reinado de la *autología*. Y si no, recordad las palabras de uno de sus mismos maestros, de Max-Stirner cuando dice: «en buenos principios, en buena lógica, esa pura humanidad, ese amor místico al hombre género ó al hombre colectivo son fantasmas, palabras abstractas, que en nuestros sistemas no tienen valor alguno.»

\*  
\* \* \*

Ahora bien, señores; esas aberraciones monstruosas en hombres que si yo no llamaré sabios, preciso es reconocer que algunos de ellos consagraron largas vigili-  
as al estudio; esas conti-

nuas negaciones de la razón después de haberla divinizado; ese rebajamiento indecible de la dignidad humana cuando se comenzó por colocarla tan alta; esa oscuridad aterradora acerca de las verdades más altas, cuales son las relativas á la naturaleza, al hombre y á Dios, á ese triángulo sublime como lo llamaba Pehonen; ese excepticismo general que hoy reina en el campo de la filosofía; esos gritos de desesperación, que á menudo salen del fondo de nuestra sociedad; en una palabra, señores, todo este extraño fenómeno del racionalismo sin duda que á los ojos de nadie tiene tan fácil, tan clara y sencilla esplicación como á los ojos de todo quien crea en la divinidad de Jesucristo.

No creo sea necesario mas que recordar aquellas divinas palabras que nos dirigió Jesucristo, hablándonos á la manera como antes el Padre Eterno hablara á nuestros primeros padres en el paraíso. «Mirad, dijo á los hombres, si seguís mis pasos, si respetais mi autoridad, tendreis luz, sereis felices y vuestras serán las mansiones de la gloria;» y á los pueblos les dijo: «mirad, el paraíso terrestre os pertenece, yo lo entrego á vuestras discusiones, explotad las riquezas que contiene, aprovechaos de sus frutos, cultivadlo á vuestro gusto, ilustrad vuestra razón, medid con ella los espacios, contad los tiempos, remontaos á las alturas, descended á los abismos, arrancad á la naturaleza sus secretos y á la ciencia sus arcanos, todo esto podeis hacer; sólo una cosa os pido, que respeteis el árbol que está en medio de la tierra, y en el cual edificaré mi Iglesia y á la que daré las llaves del reino de los cielos; la Iglesia que siendo mi continuadora, os ha de dar siempre frutos de verdad y vida; á ella no la toqueis, vivid á su sombra, apoyaos en su tronco, á ella la hago yo depositaria de las verdades que á mí se refieren; vuestra razón podrá aplicarse á ellas para cada día más y más conocerlas y adorarlas, mas jamás para discutir las, sin que esto sea pedir os una fe ciega é irracional; no, sólo os pido, y os lo pido después de daros mil motivos para ello, que creais, que yo soy la Verdad, que fuera de mí, no es posible más que el error y el mal, que la Iglesia tiene mi autoridad; en fin, que recordeis que acerca de las verdades religiosas, cuando allí en el monte Calvario os di por ellas toda mi vida, os di ya todo lo que os podía dar, y os dije todo lo que os debía decir, y que allí al pie de la Cruz os dejé escritas estas palabras: *non plus ultra*; no hay más allá. De otra

manera, si pretendeis emanciparos de mi dominio, si pretendeis proclamar vuestra soberanía, y exagerando falsamente las fuerzas de vuestra razón, muy noble, sí, pero muy débil, quereis erigirle en diosa; ni tendreis luz, ni sereis felices, no sereis dioses, ni reyes, ni soberanos; os rodearán la oscuridad y las tinieblas; estareis condenados á perpetuos conflictos, á la anarquía; sereis disueltos, morireis.»

No es pues de extrañar, señores, todo este espantoso fenómeno del racionalismo, ni es de extrañar que racionalistas que consagraron toda su vida al estudio, terminen sus obras sentando conclusiones que indignan al alma, y el simple sentido común del niño rechaza; ni es de extrañar el horroroso vacío, la espantosa nada que toda su ampulosa ciencia contiene, ni esa feroz inquietud que agita á los corazones, ni el asolador excepticismo que atormenta á los espíritus, ni que á fuerza de exagerar los derechos de la razón terminen por negarla, ni que á fuerza de proclamar la soberanía del hombre acaben por reducirlo á la condición del bruto. No, señores, es que los racionalistas han querido ser también dioses, y como el ángel rebelde en el cielo y nuestros padres en el Paraíso, los racionalistas sólo han recogido lo único que podían recoger: la negación, la muerte. Es, señores, que por una demencia inconcebible y por una aberración inexplicable, el racionalista, siendo como es hechura de Dios ha tenido la inaudita arrogancia de llamar ante el tribunal de su razón, á ese mismo Dios que le dió esa razón con que pretende juzgarlo y hasta la voz con que lo llama. Y si ese Dios infinito en bondad y misericordia, escondido bajo la capa de divinos accidentes, llega al extremo de ofrecérsenos todos los días en el ara santa del altar, conversando dulcísimoamente con los corazones humildes, y derramando el tesoro de sus gracias á los que allí corren á postrarse humildemente á sus plantas; ese mismo Dios, en su infinita justicia, confunde y aniquila la razón del racionalista, que desde su orgullosa y sin igual soberbia, pretende mandar á Dios que descienda de su trono para darle á él, miserable criatura, explicaciones á sus dudas; en lugar de postrarse á sus plantas pidiéndole humildemente se las aclare.

Bien quisiera, señores, poder comparar la afirmación capital de que el racionalista parte, con la afirmación que desde hace siglos viene profesando el mundo católico, examinando una y otra á las luces de esta misma razón por los racionalistas tan ensalzada, y ver cuál de ellas es más racional, más lógica y más adecuada á la naturaleza humana; si la racionalista al proclamar la soberanía absoluta de la razón, declarándola capaz por sí sola de conocer toda clase de verdades, ó la católica que sin desconocer la dignidad y nobleza de la razón ni mermar en lo más mínimo sus derechos, le recomienda sin embargo una prudente desconfianza en sus propias fuerzas; si la racionalista cuando desecha como estúpida é irracional la fe, ó la católica cuando establece su necesidad, declarándola completamente conforme á la naturaleza humana y hermana amorosísima de la razón. Pero estas cuestiones, señores, harto delicadas de suyo, y nada sencillas para poder exponerlas con dos palabras, tendrían indudablemente que llevarme demasiado lejos; y si hoy, señores, el deber de mi cargo me ha obligado á pronunciar un discurso más ó menos digno de vosotros, ni me obliga, ni me permite abusar de la atención que tan benévolutamente me estais prestando.

Pero si debo terminar, no lo haré sin una observación que al dirigíroslo á vosotros, señores Académicos, me la dirijo también á mí propio. Y espero, queridos Académicos, no tomareis á vía de consejo lo que voy á deciros, que harto sé que no tiene autoridad para darlos, aquel que como yo todos los días de vosotros mismos ha de recibirlos. Tomadlo como observación cariñosa que os dirige el último y el más humilde de todos vuestros compañeros. Y es, que si firmemente convencidos de vuestras católicas creencias, estamos dispuestos á dar por ellas, todo, absolutamente todo cuanto se nos pidiera; si es que por ellas queremos luchar y vencer, siempre por supuesto bajo la dirección suprema de nuestro amado Pontífice y de nuestros respectivos Prelados; recordemos, que si en todos tiempos ha sido muy necesaria la virtud, en nuestros días es muy conveniente acompañar á la virtud, el saber. Que si queremos tener el derecho de ser oídos, á nosotros los seglares cuando menos, nos es necesario el saber, y que para saber es menester estudiar. Mas como quiera, que dedicándonos á la vida del estudio, son infinitos y sutilisi-

mos los lazos que el racionalismo tiende continuamente á nuestro orgullo, tan difícil muchas veces de conocer y todavía mucho más difícil de extinguir, no confiemos jamás en nuestras propias fuerzas, por relativamente grandes que ellas sean siempre débiles y escasas, causa por la que tantos y tantos perdieron su fe primera; sino que por el contrario, antes de empezar nuestros estudios, no dejemos una sola vez de abrazarnos al árbol sublime de la oración, á esta escala de Jacob, como la llama el insigne Donoso Cortés, de piedras brillantadas por donde abrasados juntamente Dios y el hombre en un incendio de amor infinito, descende Dios hasta la tierra y sube el hombre hasta el cielo; y si hasta así quizás, en medio de nuestros estudios el traidor racionalismo nos asaltara con alguna duda, antes de darle la menor entrada, invoquemos nuevamente á Dios con aquella sublime frase *Salvadnos, Señor, que perecemos*, con la que el más eminente de los metafísicos modernos, nuestro insigne compatriota, el ilustre Balmes, lo invocaba en medio de sus estudios; y no dudeis, que entonces se disiparán siempre nuestras dudas; y avanzando cada día en el terreno de la verdadera ciencia, amaremos á cada momento más y más á Dios, lo veremos en toda su inmensa grandeza, velando los astros su faz, sirviéndole de trono los cielos; y la tierra colgada de su mano; y oiremos extasiados los sublimes himnos de amor que continuadamente á Dios entonan, las aves con sus trinos, la tierra con sus movimientos, y los astros en sus cursos; y así abrazados firmemente al árbol sublime de la oración, no temamos entonces meternos en el intrincado laberinto de las teorías modernas, si á ello nuestros estudios nos llamasen; investiguemos ilimitadamente, meditemos sobre todas las cosas, penetremos hasta donde nos sea dado los secretos de la naturaleza, de la vida y del pensar; procuremos en todo lo que nos sea posible ser hombres de ciencia; y así, conciliando siempre la verdadera ciencia con la virtud y la piedad, algunos de vosotros con mayor fortuna, otros como yo con peor suerte, pero todos con igual celo, podremos dar, á esta Academia honra y provecho; á nuestras familias paz y ventura; á nuestra patria ciudadanos dignos y honrados, y á nuestro Dios fidelísimos y amantísimos corazones.

HE DICHO.

---